

Visita ancestral

Por Fernando Bauco

Como casi todas las noches, Nando duerme plácidamente en su cómoda cama, en su habitación de pocos metros cuadrados, pero que le bastan para pasar una buena noche, donde los sueños igual lo visitan, porque las quimeras no conocen de dimensiones sino de emociones.

No hacía mucho que se había acostado, y siempre alrededor de la una de la madrugada. Habría pasado una hora aproximadamente, cuando empezó a sentir ruidos cerquita de allí, en la cocina más precisamente. Entre dormido, encendió la luz del velador, se sentó con cuidado y se vistió con lo que encontró a mano. Ya bien despierto, poquito a poco comenzó a acercarse para ver qué ocurría con lo que oía a lo lejos. Caminaba lentamente, tratando de escuchar atentamente e ir entendiendo cada vez más lo que sus oídos estaban percibiendo.

En el trayecto fue encendiendo las luces del pasillo, luego las del comedor y ninguna más porque no hicieron falta para descubrir con gran asombro que eran sus abuelos que habían llegado de sorpresa. Estaban terminando de acomodarse cuando su nieto los vio, y corrió apresuradamente a darles el más cariñoso de los abrazos.

Estuvieron así durante varios minutos y algunos largos segundos, acompañados de varias lágrimas que recorrían el alegre rostro de los tres que, en el mientras tanto, se acomodaban alrededor de la extensa mesa ovalada que ocupaba también una parte del amplio comedor.

Ya sentados en las acolchadas sillas, y más tranquilos, Nando les ofreció algo para tomar. Su abuela le dijo: "voy a preparar unos ricos mates para amenizar y conversar un rato antes de irnos a descansar". El abuelo asintió y expresó: "unos dulces no vienen mal para este lindo reencuentro con nuestro querido nieto". Su nieto, por supuesto, estuvo de acuerdo con la idea de su nona, como él le decía, porque el origen italiano así se lo pedía.

Disfrutaron de la mateada, y entre "dulces" y "cebadas", conversaron como nunca sobre la familia, tanto de los presentes como de los que ya no estaban, pero que seguían vivos en el corazón de todos y cada uno de los que formaban parte de ella.

Fernando, que le decían "Nando" de cariño, aprovechó para preguntarles varias cosas sobre ellos y sus antepasados, con un interés como nunca había tenido. Su nona y su nono tenían algunas respuestas, pero otras no las sabían, porque las desconocían, preferían guardárselas, o "de eso" no se podía hablar.

El tiempo pasó "volando" y el sueño estaba cerrando cada vez con más fuerza sus ojos, que se abrían cada vez con más dificultad. Por lo que tomaron la decisión de irse a dormir y seguir el entretenido y fructífero diálogo por la mañana.

Nando les dijo: "dejen todo como está, después reacomodo yo, y los acompaño a la habitación donde van a descansar". Justo cuando estaba terminando la frase, sintió ruidos que provenían de su cuarto, y empezó a sentirse mareado, su cabeza le daba vueltas, y el cuerpo quería "abandonarlo". En el trayecto, caminaba lentamente, pero sin pausa, tomándose de donde podía para no caerse ni hacerse daño, y otra vez muy extrañado por lo que sentía, porque no podía haber nada ruidoso en ese lugar.

Antes de llegar, se dio cuenta de que había dejado solos a sus abuelos, pero igualmente prosiguió su camino. Pudo más la intriga que cualquier otra cosa.

La puerta estaba entreabierta. La empujó suavemente para que no se "quejara", metió la mano derecha, encendió la luz principal, y comenzó a asomarse lento y seguro. Antes de traspasarla por completo, sus ojos se abrieron como nunca, su boca formó una gran "o", cuando se vio a sí mismo, queriendo levantarse para ir a ver qué pasaba en la cocina...

